

2 - LA DEVOCIÓN MARIANA SEGÚN SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT FUNDAMENTO Y VALOR TEOLÓGICO

P. Francisco de Paula Solá. S.J., Director de la S.G.M.

No cabe duda que los tiempos cambian y con ellos los gustos, los sentimientos, los objetivos, etc. Lo vemos en la pintura, la escultura, la música, la arquitectura, las mismas ciencias (astronáutica, física, economía... y hasta en las matemáticas). ¿Se debe este hecho a la ley de la evolución, del crecimiento...? No importa ahora saber la causa. Nos basta constatar el hecho.

Pasando al orden moral y religioso el fenómeno se repite. Pero aquí reviste una gravedad especial porque la consecuencia que le sigue es el enfriamiento, tibieza, descuido, abandono e incluso animadversión. No pretendemos, sin embargo, examinar estos extremos, sino atender a matices dentro del campo de la piedad misma. Hace ya muchos años, cuando allá por los inicios del segundo cuarto del presente siglo XX se daban los Ejercicios de San Ignacio de Loyola, al llegar a la meditación llamada del "Rey temporal y del Rey eternal", invitaban a la conquista de "su" Reino, y el ejercitador exponía: "esta meditación es reminiscencia del espíritu militar medieval de San Ignacio". A muchos no les dice nada la fidelidad a un Rey, el deseo de conquista de un Reino. Hoy sería más de actualidad, movería más al espíritu moderno, presentar a un financiero que propone una empresa muy prometedora y en circunstancias muy seguras y lucrativas, ¿quién no se adheriría?. Al idealismo antiguo se le propone el materialismo moderno.

Pues esto creemos ocurre con la devoción mariana de la "Esclavitud" propuesta por San Luis María de Montfort de una forma muy imperiosa y tajante, como un medio poco menos que necesario y casi único para adquirir la perfección. En tiempo de libertad, democracia y derechos humanos, ¿hablar de esclavitud? La ascética de hoy y hasta la teología (?) moderna rechaza un Dios, un Cristo Señor, Rey, Juez... y lo quiere sólo Padre, Amor. ¿Hay lugar a hacernos esclavos? ¿No es mejor, más auténtico, hacernos -mejor dicho-, reconocer-nos hijos de un Dios, Padre, Amor?

Examinemos la realidad ascético-teológica, y advirtamos de antemano que el Cristianismo es y será siempre el mismo. *Christus heri, hodie et semper. Unus Deus, una fides, unum baptisma. Unus Deus et homo, homo Christus Jesus.* Veamos, pues, qué nos dice la Escritura, el Magisterio, la Teología y la Ascética.

La esencia del Cristianismo está en el Sacramento por el que nos hacemos cristianos, el Bautismo. Este lo tenemos sublimado en el de Jesús en el Jordán. Aquel bautismo de Juan no era más que un símbolo sin valor eficaz. Pero al salir Cristo del agua, apareció sobre Él el Espíritu Santo y se oyó la voz del Padre: "Este es mi hijo, el amado".

Y Cristo instituyó "su bautismo" "en agua y Espíritu Santo", que es una auténtica generación espiritual. El bautizado es una criatura de Dios, sin posibilidad natural de ser hijo de Dios, ya que no participa de la naturaleza divina. Pero el bautismo "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo", engendra en aquella criatura de Dios una nueva "criatura" ya divinizada por la gracia del Espíritu Santo que se le ha dado, y la voz del Padre ya se puede oír: "Este es mi hijo amado". El Cristiano es hijo adoptivo de Dios. Ya puede y debe llamar a Dios "Padre". La esencia, pues, del Cristianismo es la filiación adoptiva de Dios, el ser el Cristiano hijo de Dios.

Podríamos reforzar esta idea con las repetidas declaraciones del propio Jesús a Nicodemo, a los Escribas y Fariseos, y sobre todo en el Sermón de la Cena, y, además, en las cartas de San Pablo, San Pedro y San Juan, que se condensa todo en esta expresión: "Dios es Amor" y en esta otra: "Hijitos, mirad el amor que Dios nos tiene que podemos ser llamados Hijos de Dios: y ¡lo somos!".

Pero todo es evidente y de fe. Ni lo podemos discutir: mucho menos dudar. Lo que sí nos interesa es ver cómo hemos de ejercer aquí en la tierra esta filiación divina, en nuestras relaciones cotidianas con Dios, nuestro Padre.

Creemos que es también indiscutible que el Cristiano ha de tomar como modelo a Cristo, de suerte que pueda llegar a decir como San Pablo: "mi vivir es Cristo", "vivo yo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí", etc. Y el mismo Cristo se nos puso como modelo: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado"; "quien quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame", "Al discípulo le basta que sea como su Maestro". "Si yo, vuestro Señor Y Maestro os he lavado los pies también habéis de hacerlo vosotros. Os he dado ejemplo." (Hebr. 12,1s).

La conclusión indiscutible es "Hemos de amar a Dios como Cristo": hemos de ser hijos de Dios, como lo fue Cristo (salvo siempre, la diferencia tan esencial de la "unión hipostática" que nosotros no poseemos) ¿Cómo se portó Cristo con su Padre? ¿Cómo manifestó que le amaba como hijo y no como criado? Los Evangelios y todo el Nuevo Testamento, son claros y explícitos.

Dice el autor de la carta a los hebreos, que al entrar Cristo en el mundo -es decir, en el momento de su concepción virginal y creación de su alma unida al verbo- dijo: "En el pomo del libro está escrito de mí: Oh Dios, que haga tu voluntad. Dios mío, así lo quiero; y tu ley está en el centro de mi corazón". Es decir, se entrega a Dios, su Padre para cumplir plenamente su voluntad. Y tanto es esto verdad, que dirá más adelante: "Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me envió". Pero creemos que no es menester insistir demasiado en aducir textos y más textos. Bástenos el tan conocido de San Pablo, quien con expresiones un tanto difíciles de traducir a la letra, expone los sentimientos del Corazón de Cristo con relación a su comportamiento con el Padre. Cristo, dice, tenía conciencia de ser Dios y, sin embargo, no creyó denigrante ni impropio de su rango "el anonadarse tomando la forma de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y reducido a la condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz" (Filip. 2, 5-8).

A la palabra griega *doulos* (siervo, esclavo), le hemos dado este segundo valor más fuerte porque concuerda con el equivalente empleado por San Lucas, al poner en boca de María "He aquí la esclava (*doule*, ancilla) del Señor", que se repite en el "Magnificat": "porque ha mirado Dios la pequeñez de su esclava (*doule*, ancilla)...

Y la realidad fue convertirse Cristo en un esclavo, no un mero siervo o criado, ya que fue "vendido" por el precio de un esclavo, y como tal fue condenado al suplicio de la cruz que era también la más propia de los esclavos.

Tenemos, pues, que Cristo, el Hijo de Dios, se somete al Padre como un esclavo voluntario para todo hacer y cumplir su paterna voluntad; voluntad que para Cristo es un "mandato". La expresión de San Pablo "se anonadó tomando forma de esclavo" quiere significar la humildad y sumisión tan grande y sublime de Cristo-Hijo a su Padre, que escoge lo más bajo que existía en el orden de

"sumisión y dependencia": el esclavo, que era una "cosa", más que una "persona"; no tenía derecho alguno, ni a la vida. Y Jesús, el Hijo, toma esta "degradación, anonadamiento" por amor de Hijo cuya voluntad está tan identificada con la de su Padre que exclamará en momento crucial: "No se haga mi voluntad, sino la tuya".

Consecuencia de lo dicho es: La filiación más perfecta, la de Cristo, es la esclavitud voluntaria por amor.

"La Iglesia, dice el Concilio Vaticano II, mira a María como a un modelo". También nosotros, después de Jesús, hemos de tener como modelo a la Santísima Virgen, que no en balde nos la dio por Madre, el mismo Jesús, y ya hemos dicho que María, puesta en la alternativa de aceptar o declinar la proposición de ser Madre del Redentor, no quiere pronunciarse sin más ni más. Para Ella, como será para Jesús, es un mandato todo lo que parece -aunque no se mande- voluntad de Dios. Dios, pues, la escoge por Madre de su Hijo, pero quiere su "asentimiento". María comprende, pero no puede, en su humildad, aceptar tal dignidad, ni en su obediencia rechazarla. Su postura y asentimiento interno es de una entrega total a Dios. No concibe resistencia a los deseos divinos. También Ella se "anonada" delante de Dios y se hace voluntariamente su esclava. ¿Puede decir no a Dios un alma tan amante? Lo mejor, lo más sublime, es identificarse con el Amado. Pero ¿cómo? El Espíritu Santo que descendió sobre Ella y la virtud del Altísimo que la cubrió con su sombra, se lo enseña. Y María descubre el "secreto". Seré "la esclava (doule, ancilla) del Señor"; no tendré voluntad propia delante de mi Señor, delante de mi Padre; mi voluntad es únicamente hacer la suya. Yo soy toda, totalmente, suya.

¿Qué bautizado querrá ser auténtico Cristiano y no ser como Cristo y María? Se comprende, a la luz de la actitud de Jesús y de María en realizar respectivamente su Filiación divina y su divina Maternidad por medio de la esclavitud voluntaria de amor, como símbolo o método el más sublime de amor, porque San Luis María Grignon de Montfort creyó haber descubierto un "secreto", esta manera que tenía la Virgen de entregarse totalmente a Dios.

Nuestra entrega a la Virgen es un SI que incluye todo el ser; es una esclavitud de amor. Es cierto que "in medio consistit virtus", es decir, toda virtud tiene sus límites, la prudencia, fuera de los cuales (exceso, defecto), se pierde la virtud. Sin embargo, la caridad, el amor de Dios, no tiene límite alguno cuanto más mejor. La Esclavitud Mariana de amor, no tendrá un tope, y por esto dice Montfort que el alma ha de estar "sin cesar ocupada... en el continuo mirar o contemplación..." habla "de hacer todas las cosas por, con, en y para María", y hasta de "respirar a María como los cuerpos respiran el aire", todo ello para una mejor y más segura unión con Jesucristo.

Creemos que a la luz de estas consideraciones, que pueden dar lugar a un grueso volumen de Teología ascética, se disipan todas las sombras que la "hipócrita" defensa de los derechos humanos y de la libertad de la democracia de finales del siglo XX, quieren arrojar sobre la palabra "esclavitud".

La doctrina de San Luis María Grignon de Montfort nos ha dado -por no citar más que dos de nuestros días- a un Cardenal Wyszynski, que se firmaba esclavo de María, y un Juan Pablo II cuyo lema es: "Totus tuus" (montfortiano). Frase esta última que encierra todo el sentido de la Esclavitud Mariana: una entrega total, incondicional, amorosa y filial, a María, la Madre de Jesús y

Madre nuestra, cuya misión es hacer de cada uno de sus "esclavistas" otro Jesús, hecho esclavo por nosotros.